

RECENSIONES

Kerbs, Raúl A. *Cómo el pensamiento cristiano ha sido condicionado por la filosofía y cómo puede dejar de serlo*. Libertador San Martín: Universidad Adventista del Plata, 2023. Pp. 566. US\$ 35.00.

DOI: 10.17162/rt.v38i2.2114

Raúl Kerbs es un académico adventista de formación filosófica, nacido en Argentina. Ha escrito artículos y libros multidisciplinarios en filosofía y teología. La obra en referencia analiza sistemáticamente la influencia de la filosofía griega en la teología cristiana y destaca su repercusión tanto en la tradición católica como protestante. Kerbs expone cómo este sincretismo, muchas veces inadvertido, ha permitido la persistencia de supuestos filosóficos en la teología, en detrimento de las enseñanzas bíblicas. La obra se enfoca principalmente en la ontología divina, que es definida bíblicamente como análoga y temporal. Kerbs contrasta esto con la teología convencional que, bajo la influencia filosófica, promovió un Dios atemporal, una antropología dualista y una visión dinámica del mundo..

Dividido en catorce capítulos, el libro analiza el pensamiento histórico teológico y filosófico, con énfasis en personajes clave y su impacto en el cristianismo. Se usa una adecuada metodología secuencial, la cuál parte del período clásico griego y llega hasta tiempos modernos. Cada capítulo del libro aborda temas fundamentales como la epistemología, la naturaleza humana y la visión del mundo. Las conclusiones de cada capítulo alternan entre un estilo argumentativo, en ocasiones más sintético y otras veces reflexivo, motivando la lectura plena de la obra.

El libro destaca por su enfoque analítico y deconstructivo, mostrando la indagación académica de su autor. El enfoque busca constantemente situar al lector frente a la idea de la atemporalidad atribuida a Dios en la historia, con objetivos deconstruccionistas.

La obra comienza refiriéndose a Parménides como el primer filósofo relevante en interpretar el Ser y la realidad como atemporales, estableciendo las bases para debates posteriores. El Ser se definió como algo no perceptible sensorialmente, sino solo comprensible por el pensamiento. Según Kerbs, esta perspectiva influyó en Platón, quien interpretó las ideas como el Ser de las cosas, existente en un ámbito atemporal e inmaterial; y en Aristóteles, quien, aunque definió la “sustancia” como la realidad concreta, preservó la noción de

lo atemporal e inmutable mediante su concepto de “forma”, presente en todos los seres. Kerbs señala que las ideas de Parménides y Platón condicionaron el pensamiento de Aristóteles, reflejándose en conceptos como potencia–acto y materia–forma. Aristóteles organizó estas nociones en categorías como lo unívoco, equívoco y análogo. Los teólogos cristianos posteriores, según Kerbs, no se alejaron de esta base filosófica, que respaldó la idea de un mundo atemporal.

A partir de esa base filosófica, Kerbs pasa a examinar como la Biblia presenta la relación entre Dios y el tiempo en términos de sucesión de pasado, presente y futuro, relacionándose con sus criaturas dentro de un marco temporal. Señala que la Biblia entiende el tiempo de manera analógica, no unívoca (p. 36), y que la trascendencia de Dios no está sometida a que Dios sea atemporal. Así, Dios existe desde una eternidad no creada para los humanos, manteniendo su trascendencia intacta. Desde esta óptica, Kerbs relaciona la teología de la predestinación como consecuente de la creencia en un Dios atemporal.

En continuidad con su análisis, Kerbs examina cómo algunos padres apostólicos, como Justino Mártir, Orígenes y Clemente, adoptaron la filosofía griega para defender la doctrina cristiana en general, a diferencia de Tertuliano, Taciano e Ireneo, quienes rechazaron su uso. Kerbs subraya el empleo de la *vía negativa* como método para comprender la realidad no perceptible de Dios, particularmente en la obra de Agustín. Este enfoque contribuyó a preservar la influencia del neoplatonismo en la cosmovisión cristiana a lo largo de la Edad Media. Posteriormente, Tomás de Aquino buscó respaldar la fe mediante el uso de la escolástica, adoptando el pensamiento aristotélico sobre los estados del ser “en potencia” y “en acto”. Describió a Dios como el único Ser que existe únicamente en acto (acto puro), sin potencialidad, inmutable y atemporal, lo que lo diferencia esencialmente de las cosas y seres creados. Kerbs cuestiona que, en el pensamiento de Aquino, la autoridad bíblica quede relegada a un papel secundario, subordinada a conceptos ajenos a las Escrituras.

En contraste con el aristotelismo predominante, Kerbs luego aborda el pensamiento de Guillermo de Ockham, quien “economizó” el pensamiento filosófico al eliminar los universales y enfatizar el predominio de los particulares, en su denominada filosofía nominalista. Esto implicó abandonar conceptos clásicos como materia, forma, causa eficiente y final. Sin embargo, mantuvo la interpretación clásica de la inmutabilidad divina, afirmando que aunque Dios puede tomar decisiones e incluso parecer que cambia de rumbo, esto es solo

aparente, pues conoce todo de antemano y sigue siendo inmutable. De esta manera, los cambios en Dios no serían “reales”, sino solo aparentes. Así, aunque Ockham se apartó parcialmente del pensamiento clásico, mantuvo la idea de la atemporalidad divina, destacando que solo Dios es verdaderamente libre, mientras que las criaturas están determinadas por él. Kerbs señala que Ockham perdió la oportunidad de romper con la noción de atemporalidad.

Avanzando en el desarrollo histórico, Kerbs examina el pensamiento de los reformadores, señalando la paradoja entre el principio de *Sola Scriptura* mientras se mantenía la idea no bíblica de un Dios atemporal, lo que implicaba aceptar tanto la tradición como el pensamiento griego, incluyendo la dualidad entre cuerpo mortal y alma inmortal. Aunque Calvino criticó a los Padres por adoptar la filosofía, aceptó que los filósofos descubrieron algunas verdades válidas y básicas. Su concepción atemporal de Dios como simultáneamente presente en el pasado, el presente y el futuro se refleja en la doctrina de la doble predestinación: el conocimiento divino es inmutable y su voluntad determina todo, incluida la salvación y la perdición. También adoptó el dualismo griego y defendió las vías racionales, como la vía de la eminencia.

Posteriormente, en la era del racionalismo escéptico, en la que podría haberse esperado un cambio de enfoque, se evidencia cómo la idea de un Dios atemporal logró prevalecer. Se analiza la perspectiva de René Descartes, quien, inspirado por las verdades matemáticas, empleó la duda metódica para identificar una verdad que pudiera resistir toda forma de cuestionamiento. Kerbs explica que, al adoptar la vía de la eminencia y el argumento ontológico, Descartes postuló que Dios debía ser lo más perfecto que la mente humana pudiera imaginar, argumentando que Dios habría implantado la idea de su existencia en la mente finita de los hombres. Según Descartes, esta idea innata demostraría que Dios existe fuera de la mente humana, reafirmando así la concepción de un Dios atemporal y de una realidad trascendente. Además, Descartes defendió un dualismo entre el alma y el cuerpo, los cuales, según él, estarían conectados a través de la glándula pineal. Este planteamiento preservó tanto la noción de la atemporalidad divina como el dualismo de origen griego, incluso cuando su método se fundamentaba en la duda como herramienta epistemológica.

Siguiendo con su enfoque deconstructiva, Kerbs analiza el pensamiento de David Hume, a quien destaca por fundamentar su filosofía en las experiencias sensoriales del mundo temporal, rechazando así la existencia de ideas innatas. Según Hume, las ideas surgen

de impresiones sensoriales previas, clasificadas en sensitivas (provenientes de objetos externos) y reflexivas (basadas en experiencias anteriores). Kerbs destaca que Hume cuestionó el principio de causalidad tradicional al considerar la causa primera como algo del pasado, inaccesible sensorialmente desde el presente. Su nominalismo rechazaba los conceptos universales, lo que parecía excluir la idea de un Dios atemporal, limitando el conocimiento al mundo sensible y temporal. No obstante, Kerbs destaca que Hume conservó elementos tradicionales, como la inmortalidad del alma, apuntando a una realidad que trasciende lo cognoscible. Aunque escéptico respecto al origen del mundo y a la existencia de Dios, Hume terminó por asumir la noción atemporal sobre el Ser de Dios. Sin embargo, señaló que dicha realidad no puede ser conocida, sino únicamente concebida como idea: Dios tendría que pertenecer a una realidad distinta al mundo mutable y temporal. Además, sostuvo que no existe semejanza alguna entre la perfección divina y la humana. Kerbs critica que Hume intentó transformar la analogía entre lo divino y lo humano en univocidad, aplicando cualidades humanas imperfectas a Dios, lo cual considera un error. Asimismo, Kerbs señala que Hume, en última instancia, recurrió a la vía negativa en su concepción escéptica de Dios.

A continuación, en su análisis del pensamiento moderno, Kerbs aborda la filosofía de Immanuel Kant, influida por la física de Isaac Newton y centrada en la interpretación del conocimiento. Para Kant, la intuición sensorial no es conocimiento, sino percepción inicial. Se distingue dos intuiciones puras: espacio y tiempo. Son puras porque preexisten en la mente antes de cualquier experiencia. Según Kant, el espacio y el tiempo son marcos universales que limitan nuestro conocimiento, haciendo imposible acceder a la realidad en sí misma, asumiéndola como atemporal. El ser humano solo puede conocer según sus limitaciones espaciotemporales. Kerbs destaca la diferencia kantiana entre fenómeno, lo que percibimos, y noumeno, lo que las cosas son en sí mismas, fuera de nuestra percepción. Para Kant, el conocimiento verdadero se vincula con lo eterno e inmutable, aunque nuestra comprensión esté restringida al espacio y el tiempo. Desde esta visión, la moral, como se expone en la *Crítica de la razón práctica*, se fundamenta en el ámbito atemporal del noumeno.

A continuación, Kerbs examina el pensamiento de Friedrich Schleiermacher, a quien presenta como un teólogo protestante pietista más que como un filósofo teísta o escéptico. Schleiermacher situó la experiencia religiosa individual en el centro de la teología, relegando

las doctrinas y formulaciones teológicas a un papel secundario. Consideró la religión como estados mentales, rechazando la distinción entre religión verdadera y falsa. Definió al ser humano como naturalmente religioso y a Dios como la causa atemporal que condiciona lo temporal, retomando ideas de Agustín. Schleiermacher entendió lo atemporal como “sin tiempo” (p. 280), separándolo completamente de lo temporal. Kerbs señala que este liberalismo lleva a negar la normatividad de la Biblia, considerar a Cristo como una revelación más, rechazar su divinidad y mediación única, interpretar la creación de forma no literal y negar la existencia del diablo. Pese a estos cambios, la visión de lo atemporal en Schleiermacher continuó siendo central.

Con Schleiermacher proponiendo un control documental fundamentado en el criticismo de fuentes para identificar las ideas y expresiones más puras del cristianismo, se impulsó una nueva era de exégesis centrada en el método histórico-crítico, que ya comenzaba a consolidarse. Según Kerbs, este período se caracteriza por la conciliación entre la teología y el racionalismo científico. Figuras como Ernst Troeltsch, Teilhard de Chardin y el Concilio Vaticano II ejemplifican esta tendencia, al aceptar postulados científicos incluso en detrimento de interpretaciones bíblicas tradicionales. En su análisis de Ernst Troeltsch, Kerbs destaca el énfasis en el conocimiento científico como fundamento para fortalecer el método histórico-crítico. Troeltsch sostiene que Dios existe fuera del espacio y del tiempo, siendo incompatible con estas dimensiones. Según él, Dios no es una Trinidad en sí misma, sino una trinidad en función de su utilidad para relacionarse con el tiempo histórico. Troeltsch adopta una forma de panenteísmo al considerar que el mundo está dentro de Dios, quien lo crea y lo dirige hacia un propósito. Kerbs señala que Troeltsch entiende la atemporalidad divina como una presencia que trasciende la historia, permitiendo y guiando el desarrollo de los acontecimientos.

En esta misma línea, Kerbs examina el pensamiento de Teilhard de Chardin y su influencia en el Concilio Vaticano II, destacando su enfoque teológico fundamentado en la ciencia. Para Teilhard, la evolución constituye una verdad incuestionable, la cual se vuelve central en su teología al interpretar que es Dios quien guía tanto la evolución terrestre como la evolución universal. Su perspectiva es panenteísta y guarda similitudes con la teología del proceso. Teilhard introduce el concepto de la “noosfera”, una conciencia planetaria colectiva que representa un nivel superior en el desarrollo evolutivo. Al igual que otros teólogos analizados, Teilhard también acepta la atemporalidad

de Dios, expresándola a través de su idea del Omega: el destino final en el que toda la existencia converge en una realidad trascendente y fuera del tiempo. Según su visión, este Omega se alcanza tras la vida terrenal, momento en el cual la salvación se consuma plenamente. El Concilio Vaticano II, por su parte, facilitó una apertura hacia la ciencia moderna y la perspectiva evolucionista dentro del marco religioso, promoviendo la actualización de postulados tradicionales sin apartarse del teísmo clásico ni de la concepción de Dios como un ser atemporal.

La presente obra concluye con el análisis de Wolfhart Pannenberg y su discípulo, Stanley Grenz. Pannenberg integró postulados racionales modernos con la relatividad de las Escrituras y la tradición, destacando la simultaneidad atemporal en Dios y la verdad como una totalidad histórica. Por su parte, Grenz, aunque crítico del posmodernismo y con una visión más centrada en la Biblia, llegó a considerar las Escrituras como un conjunto de interpretaciones contextualizadas propias de su época. Enfatizó que su propósito principal no era establecer doctrinas, sino ofrecer esperanza a la comunidad de fe, aceptando así los principios del criticismo bíblico. Kerbs elogia a Grenz por proponer que la razón funcione únicamente como una herramienta interpretativa sin ostentar ser autoridad final, lo que, en teoría, permitiría otorgar un mayor protagonismo a la Biblia (p. 545). Sin embargo, Kerbs señala que esta expectativa no llegó a concretarse del todo. Asimismo, destaca que Grenz aceptó la realidad final como atemporal, afirmando que los muertos poseen una conciencia atemporal tras la resurrección. Según Grenz, el mundo surge del desbordamiento del amor eterno del Padre hacia fuera de sí mismo, extendiéndose al ámbito temporal a través de las relaciones “intratrinitarias de Dios”. Este dinamismo intratrinitario habría originado tanto el mundo como el tiempo.

El aporte de esta obra radica en mostrar cómo la teología cristiana fue incapaz de sostener una visión de Dios basada exclusivamente en la Biblia y sus propios presupuestos. Según Kerbs, la independencia de la filosofía nunca se logró plenamente en los escritos de los principales teólogos que surgieron tras la etapa de formación de la Iglesia neotestamentaria.

Por su contenido filosófico, la obra puede resultar compleja para lectores no familiarizados con la terminología especializada. La incorporación de citas bibliográficas, tanto primarias como secundarias, habría sido un complemento muy útil para profundizar y dinamizar el estudio de los temas tratados.

Algunos capítulos presentan un amplio potencial para un análisis

deconstructivo mayor al expuesto, como se hace notar en el capítulo que evalúa el pensamiento de Kant. No obstante, se reconoce que la obra aborda un tema ambicioso con un extenso recorrido cronológico. Llevar a cabo una labor deconstructiva del pensamiento teológico a lo largo de las eras implicadas supone un esfuerzo académico monumental, tarea que Kerbs ya ha desarrollado en otras publicaciones de la serie *Dios y Tiempo*.¹

En síntesis, quienes deseen adentrarse en una evaluación deconstructiva del pensamiento histórico cristiano encontrarán en esta obra un recurso valioso. Por ello, es altamente recomendable tanto en el ámbito de la teología sistemática como en las disciplinas bíblicas y religiosas en general, pues constituye un aporte esencial para comprender la importancia de la adherencia genuina al principio de *Sola Scriptura* como norma para el ejercicio teológico.

Ronald A. Quije
ronaldaquije@upeu.edu.pe
Facultad de Teología
Universidad Peruana Unión
Lima, Perú

1. Véase los tomos I, IIA y IIB de Raúl A. Kerbs, *Deconstrucción de la Teología Cristiana* (Libertador San Martín, Entre Ríos: Editorial Universidad Adventista del Plata, 2023).